
Cosmópolis

1. Aproximación a Enrique Gómez Carrillo

1.1. *El hombre mundano*

El hombre mundano es un don Juan de la vida. A ésta, la encela, la enamora y la olvida. El hombre mundano es un vividor. Vivir la vida no es redundancia, sino intensidad, porque también se puede vivir la muerte. El ser hispánico se caracteriza por esta doble dimensión de la existencia: vida y muerte. Por un lado, vive la vida como si fuera muerte en la muertura, nicho y sepultura de la vida religiosa, ascética y mística: valgan los ejemplos de Pedro de Alcántara, Juan de Avila, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz. Por el otro extremo, desemboca en la mundanidad, el donjuanismo. La vida se vive intensamente, con urgencia; sea Juan de Mañara, el burlador de Sevilla, don Juan Tenorio, el modernista mundano, cosmopolita. A veces, caso típico hispánico, se da la unción de los contrarios, la paradoja de la antítesis: es el caso, desconcertante, de un Lope de Vega, de un Rubén Darío también: la carne y la mística se aúnan en la contradicción de sus vidas desgarradas, más allá de la cara bonita de la felicidad, máscara dorada de la momia interior. En Lope de Vega, había un torero, que jugaba con ventaja sobre el toro poderoso, seductor de la vida. Pero, a veces, el poeta tenía algunas cogidas acongojantes y de ahí le nacían sus mejores poemas divinos —«Rimas sacras»— tan enraizados a lo humano. En Rubén Darío, también se estremecía el ser y la felicidad se rompía como una mascarilla de sonrisas falsas. Entonces aparecía el «Rubén Darío con su lira enlutada» que decía César Vallejo.

El hombre mundano está al principio de la vida, en su juventud y de ella hace todo el periplo existencial. Mientras se es niño la vida es inocencia, paraíso sin maldad, al que quieren volver los poetas edénicos, ya demasiado tarde. Su volver es una elegía, melancolía azul. (De esta experiencia saben los poetas ingenuos, ilusos, desilusionados, que siempre viven en las afueras, tras las rejas del jardín, en el cual, un día creyeron ser felices. Acaso es sólo su fantasía.)

El poeta que pasa sobre la hierba y los helechos de su jardín destrozado, que se regodea sobre la muerte de la ingenuidad, se convierte en un cínico. Para olvidar la belleza, que no alcanzó, la pisotea. Se ríe de su sonrisa ingenua. Su boca es una mueca de suficiencia. La vida, que tiene su propia andadura, se convierte en prisa, derroche. Vivir, ritmo trepidante. El poeta mundano termina por perder lo que tenía de poeta y se convierte sólo en mundano. El hombre mundano es sólo una fachada, un traje, una moda, la fotografía de un periódico. Se vacía de sí mismo y es sólo máscara de sociedad. ¿Puede el poeta auténtico ser un hombre mundano? Difícilmente, a no ser

que se tenga el genio y el ingenio de un Lope de Vega. La experiencia poética es el contramundo, en ocasiones, el inframundo. Una experiencia en soledad y no en buena sociedad. La mundanidad es la banalidad, tan opuesta a la experiencia creadora. El academicismo, el jubileo social, ciertos premios de consolación, prebendas, cargos, cruces, son formas de mundanidad. El éxito puede que conduzca, inevitablemente, a la mundanidad y al desprestigio. (¿Qué tiene de extraño que algunos autores, hondamente vivos, se nieguen al éxito jugado, premios apañados y hasta a la Academia?) Todo éxito supone una pérdida de identidad personal, un robo a la independencia, un paso hacia la mundanidad.

El poeta mundano ya no es poeta, gran poeta, profeta de su tierra o del exilio. Se convierte en un escritor de éxito, que deriva hacia el periodismo de cuello duro, la política o la representación diplomática. Este parece ser el sino de grandes poetas de Hispanoamérica, antes de convertirse en próceres, es decir, antes de dejar de serlo. Rimbaud enseñó al mundo que ya no es posible ser poeta toda la vida. Se puede ser poeta por intensidad, por extensión y por inclusión. Los grandes poetas son los intensos. De ahí que la poesía tantas veces esté al principio de la vida, antes de «en medio del camino», que dijo Petrarca. Después, el poeta es antología y comentario, presentaciones y conferencias. El poeta se convierte en humanista, editor, profesor. O en espíritu mundano, político, empresario, vividor.

Gómez Carrillo expresa el ejemplo de poetas, compañeros de viaje, que pierden el camino. Fueron y no son. Estuvieron; ya no están. Sombras en la historia literaria, que se convirtieron en humo junto a las estatuas: Rubén Darío y Gómez Carrillo; Juan Ramón y Villaespesa o Martínez Sierra. Convivieron con los creadores. Ellos, algún tiempo, también lo fueron. Pero pasaron a convertirse en animadores. La literatura también tiene con ellos una deuda.

1.2. *Bohemia y literatura*

Gómez Carrillo fue un hombre de mundo: elegante, exquisito, decadente. Tipo de escritor más usual en Hispanoamérica, donde se echaba mano del ingenio creador para embajadas y representaciones. En Hispanoamérica, un escritor podía llegar a presidente. Aquí, el escritor ha sido un marginado, frente al poder establecido. Sólo en el siglo XIX, cuando la literatura era una divina moda, efímera, el duque de Rivas o Martínez de la Rosa ocuparon altas prebendas.

América era un continente joven, alumbrado por las luces de sus creadores-liberadores. América nacía del siglo de las luces. Ya lo expresó muy bien en novela-parábola Alejo Carpentier. El escritor era un tipo social influyente, hombre de letras, configurador de su nación. Prócer, es una palabra que gusta, para aplicarla a hombres como Andrés Bello o José Enrique Rodó.

La vida literaria limita con dos actitudes: bohemia, por abajo, y exquisitez-decadencia por arriba. La bohemia fue una actitud parasitaria, más que vital; a la bohemia no se va por decisión propia, se llega por falta de voluntad. La bohemia fue moda y epidemia. Hubo bohemia divina, de los situados, que jugaban al desencanto de aquellos días, y bohemia humana, demasiado humana. Los límites de aquella bohemia lle-

gaban hasta los arrabales del alcoholismo, la mendicidad, la homosexualidad, el desarraigo y, el detritus. Sobre la bohemia y su relación con la burguesía ha escrito un interesante artículo Manuel Aznar Soler¹. Alejandro Sawa o Emilio Carrere imitaban la marginación social de un Verlaine. La bohemia era un reto a la sociedad aburguesada, a la burocratización que constreñía las libertades. La bohemia así entendida era una actitud anarquista, una rebelión de gestos y rechazos contra la horma social, el gusto conservador. Apenas hoy se recuerda que en esa bohemia finisecular, o en sus aledaños, estuvieron figuras de la talla de Rubén Darío, Valle-Inclán, Antonio y Manuel Machado, Eduardo Zamacois, Alejandro Sawa, Luis Bonafoux y el mismo Enrique Gómez Carrillo.

La bohemia hispánica nace de Verlaine y del Barrio Latino. Y de allí se propagó como una escuela literaria, una religión y una mística. La bohemia no era una rebelión, sino una rebeldía. Negación antes que lucha. Rechazo y no encuentro. Nihilismo metafísico, pero también físico: miseria, suciedad, hediondez.

Gómez Carrillo no pertenecía a la bohemia humana, pobre, de un Alejandro Sawa, sino a la bohemia elegante. Más que bohemia habría que llamarla exquisitez-decadencia. Una bohemia ilustrada que no es lo mismo que la bohemia golfante de algunos miembros de la clase adinerada. Gómez Carrillo representa al hombre que se hace a sí mismo. Hijo de padre español, de Cádiz, y madre francesa. Latinoamericano, que se dice ahora, pues tantas veces los destinos europeos allí se cruzan y forman nueva prole. Guatemalteco de nacimiento y de prontísima vocación europea. A los doce años le envía la familia a París, a estudiar. Pero sus estudios y su sino no son académicos. (¿Cuáles son los verdaderos «estudios» de un escritor? ¿El «currículum» de un bachillerato o de una carrera, preferiblemente de letras o leyes?. El escritor, aun en el mejor de los casos, con licenciaturas, doctorados y hasta cátedras, suele ser un autodidacta. No estudia, lee. La lectura es una forma de estudio liberal, multidisciplinar, abierta, viva. Los estudiosos se hacen eruditos. Los lectores, críticos y creadores, aunque no escriban.)

Gómez Carrillo, en París, apenas pasó los umbrales del colegio. Por la capital del mundo inició sus paseos y la bohemia desescolarizada. Cuando llegó a Madrid, también con la intención de estudiar, le sucedió otro tanto. ¿Estudiar? ¿Para qué?, se preguntan los más vitalistas. El verdadero conocimiento, el sentido de la existencia no está en los libros, sino en la vida. El escritor es un intuitivo que va más allá de las verdades aprendidas, de los lugares comunes que dan cualquier forma de teoría, tan profundamente caduca. El escritor busca una cierta forma de perennidad. Escribe para rescatar a las palabras de su muerte cierta, de su olvido, si no se immortalizan en bellaza. Por eso el poeta, inventor de la inmortalidad de las palabras, reniega. Los estudios académicos transmiten los códigos estéticos de una sociedad o clase determinada, los tópicos convertidos en teorías y dogmas. Los jóvenes modernistas: Rubén Darío, Juan Ramón, Villaespesa, Antonio Machado, Valle-Inclán o el mismo Gómez Carri-

¹ MANUEL AZNAR SOLER: «Bohemia y burguesía en la literatura finisecular», artículo especialmente encargado para el volumen *Modernismo 98*, págs. 75-83, preparado por José Carlos Mainer, dentro de la obra *Historia y crítica de la literatura española*, que dirige Francisco Rico. Editorial Crítica. Grupo Grijalbo; Barcelona, 1980.

llo, no podían encontrar en estudios retóricos o de poética, siquiera a nivel elemental, la revolución poética que se avecinaba; en las aulas no escuchan palabras como parnasianismo o simbolismo. Estudiaron a Zorrilla o a Espronceda y oyeron encomiar a Núñez de Arce o Campoamor. Hasta Bécquer o Rosalía de Castro tuvieron que descubrirlos por sí mismos.

La verdadera escuela de Gómez Carrillo, como periodista, escritor y hasta investigador, estuvo en la práctica de su trabajo como redactor del diccionario enciclopédico de Garnier. Allí colaboró con ingenios como Luis Bonafoux, que escribe en las revistas de la época. He aquí la contradicción en que caen a veces algunos escritores. Gómez Carrillo, huido de las aulas estudiantiles, donde a veces hay una cierta libertad, viene a caer en la disciplina de las fichas, el trabajo rutinario. No obstante, aquí aprendería sus rudimentos de gramática —esa falta tan grave que siempre los estudiosos echan en cara a los escritores vitales— y una erudición más allá de la solapa habitual de ciertos comentaristas y críticos de urgencia. Tomar citas de autores famosos es como tomar píldoras de sabiduría abreviada, quintaesencia de la cultura establecida. No es mucho; pero es suficiente para empezar y moverse con soltura por el cotarro ilustrado, donde abundan más las apariencias que las verdades.

1.3. *Animador de la cultura*

Gómez Carrillo, en el París de tantos sueños literarios, fue animador de la cultura y un crítico perspicaz y sensible, admirado por figuras como Rubén Darío o los Machado. Incluso Unamuno, tan opuesto a su estética y a su vivir extravertido, le tuvo en su consideración y le dedicó algunos artículos ².

Cuando Manuel Machado llega a París, en marzo de 1899, trabaja como traductor en la casa Garnier. A los dos meses le sigue Antonio, quien también trabaja con Garnier. Antonio escribía por entonces su primer libro, *Soledades*, y Manuel, *Alma*. Leyeron sus poemas a Enrique Gómez Carrillo, crítico de prestigio, quien alabó la calidad estética de los poetas noveles. Antonio Machado vuelve a Madrid en el verano de 1899. Pero volvería otra vez a París, en 1902, para ocupar un puesto de funcionario en el consulado de Guatemala. Aquí se ve la mano de ayuda de Gómez Carrillo, entonces cónsul de su país. Había en éste, además del escritor un tanto olvidado, un animador de la cultura, y un ayudador de jóvenes talentos; de alguna manera fue un cónsul de las letras hispánicas, aunando voluntades distantes en empresas cosmopolitas; fue un gran defensor, impulsor de la poesía y tal vez un adelantado de lo que mucho tiempo después los americanos, tan pragmáticos como aprovechados, llamarían nuevo periodismo.

Gómez Carrillo, bohemio, acomodado en cargos diplomáticos, corresponsalías, colaboraciones, ayudaba a los menos favorecidos por la fortuna, tantas veces bohemios-

² Véase como ejemplo «La Grecia de Carrillo», artículo recogido en MIGUEL DE UNAMUNO: *Ensayos*, tomo II; págs. 1.046-1.052. En la pág. 1.046 leemos: «Carrillo es un curioso, curioso como un griego; un hombre que recorre países y tierras a la busca de nuevas sensaciones, de visiones nuevas, de novedades en fin». Termina el artículo: «Y Carrillo con su Grecia, me ha hecho viajar no tan sólo por Grecia misma, lo que vale mucho, sino por mis propios reinos interiores, lo que vale mucho más». (*Ensayos*, 7.ª edición; Aguilar, Madrid, 1967).